

La memoria de Armero en los ojos de la niñez y la adolescencia

«Cerrar los ojos y volver a recordar, volver a ir allí...» - Víctima sobreviviente de Armero



**BIENESTAR
FAMILIAR**



INSTITUTO COLOMBIANO DE BIENESTAR FAMILIAR

Directora General

Astrid Eliana Cáceres Cárdenas

Subdirectora General

Adriana Velásquez Lasprilla

Directora de Protección Especial

Beatriz Adriana Tierradentro

Subdirectora de Adopciones

Martha Patricia Manrique Soacha

Equipo de investigación proyecto Armero

Equipo Técnico Subdirección General

Cindy Carolina Barreto Angel

Sandra Yolanda Castañeda Rojas

Yaqueline Villegas Cardozo

Equipo Técnico Sistema Nacional de Bienestar Familiar

Diana Carolina Parra

Equipo Técnico Subdirección de Adopciones

María Alejandra Ortiz López

Néstor Danilo Moreno Bolívar

Coordinación editorial

Betty Leonor Monzón Cifuentes

Jefe Oficina Asesora de Comunicaciones

Corrección de estilo, diagramación y diseño

Grupo Imagen corporativa y diseño

Introducción

El presente relato se configura como un tejido narrativo de la memoria, en el que la voz de la niñez —atravesada por el tiempo y la rememoración— hilvana una experiencia histórica desde su dimensión más sensible.

Esta historia se construye con el propósito de entrelazar las múltiples memorias de quienes sobrevivieron a la tragedia de Armero siendo niñas, niños y adolescentes. El relato configura así un espacio de convergencia donde las vivencias individuales dialogan y se entretajan, dando lugar a una memoria colectiva situada y profundamente humana.

El cuento se inspira en hechos reales narrados por personas sobrevivientes quienes, al momento de la tragedia, eran niñas, niños y adolescentes e hicieron parte de la presente investigación. No obstante, incorpora también elementos de ficción que permiten articular, expandir y entretajar narrativamente las experiencias evocadas, respetando las formas en que se nombra lo vivido, así como su sentido emocional y simbólico.

Desde una poética de la evocación, el texto no solo reconstruye los acontecimientos previos, simultáneos y posteriores a la catástrofe, sino que explora cómo la experiencia traumática se inscribe en la subjetividad de la niñez, transformando la percepción del mundo, del hogar y de la propia identidad. De este modo, la cotidianidad previa nombrada como un «paraíso» se contrapone con la vida que emerge tras la irrupción de la catástrofe.

El cuento subraya la relevancia de las múltiples narrativas como vía para comprender la complejidad de la tragedia, reconociendo que no existe una única historia, sino una pluralidad de relatos que, al fundirse, amplían el horizonte interpretativo del acontecimiento. La voz de la niñez sobreviviente adquiere un valor epistémico y ético fundamental, pues ellas y ellos también vivieron, escucharon y padecieron las consecuencias de la catástrofe. En este relato, a diferencia de otras formas de narrar la historia de Armero, es la niñez quien cuenta, desde la diversidad de sus experiencias, su vivencia particular y subjetiva.

El cuento se narra en primera persona por una voz que es, al mismo tiempo, protagonista de su propia historia y testigo de lo vivido por toda su comunidad. Esta voz encarna una polifonía: representa a las niñas, niños y adolescentes que ya no están, así como a quienes no tuvieron la oportunidad de ser escuchados.

De este modo, esta historia se constituye también como un ejercicio de memoria histórica, en tanto rescata, preserva y resignifica las experiencias de quienes vivieron la tragedia. El escribir estas narrativas se convierte en un acto de reparación simbólica: recordar no solo implica evocar el pasado, sino también resistir al olvido y afirmar la dignidad de las voces de las niñas, niños y adolescentes que, durante mucho tiempo, permanecieron en los márgenes.

Parte I

En mi niñez, Armero era mi paraíso... Quiero seguir recordándolo como yo lo conocí

Como era de costumbre, en la mañana mi papá llegó a casa con la leche de vaca que siempre me traía de la finca que quedaba cerca a nuestro hogar... era una vida de privilegio.

Sí, Armero era así, como la manzana de Adán y Eva, era el paraíso. Tenía absolutamente todo lo que puede significar «tenerlo todo» en un pueblo como Armero. Vivía en uno de sus buenos barrios, en casa propia al lado de mi escuela, tenía comida, todo lo que yo quería: los vestidos, las fiestas, los cumpleaños, la dinámica de la Navidad en el barrio, los juegos con las amigas de la cuadra, las de la escuela Jorge Eliécer Gaitán y del Colegio Divino Niño, llegábamos, descargábamos los libros, almorzábamos, hacíamos las tareas rápido —rapidísimo— y salíamos otra vez a jugar.

Y afuera, el mundo era nuestro. Jugábamos a terreno, a ponchado; a uno, dos, tres; a las escondidas... Corríamos tanto y nos reíamos tanto que cuando nuestros papás nos llamaban para entrar, no queríamos hacerlo. Era como si la felicidad estuviera ahí, en la calle, jugando con nosotras.

Tenía muchos juguetes. Tenía mi triciclo y muchas cosas más que, aunque parecieran pequeñas, para mí eran lo más importante del mundo... esas cosas que solo las niñas y los niños sabemos que son importantes.

Pero mi mamá tenía una regla.
Ella siempre me decía:

—Hay juguetes para jugar todos los días... y hay juguetes especiales.

Y entre esos especiales estaba la Liliana,
mi muñeca grande.

—Esa no es para dañarla —me decía—,
esa es para cuidarla.



Liliana vivía guardada, como si fuera un tesoro. A veces yo pensaba que era un poquito triste, como si los muñecos más bonitos estuvieran condenados a no jugar, a quedarse quietos, sin reír, sin ensuciarse, sin ser de verdad parte de nuestras aventuras.

Y entonces yo jugaba con los otros, con los que «me dejaban» dañar.

Pero, aun así, yo era feliz.

Porque sí... tengo que decirlo así: mi Armero me daba todo eso.

Yo sentía, de verdad, que lo tenía todo.

Así lo vivíamos con mis amigas y amigos. Nos gustaba salir a recorrer las calles largas del pueblo, aunque para nosotros parecían larguísimas, como si nunca se fueran a acabar. Caminábamos y creíamos que estábamos yendo muy lejos, como si estuviéramos cruzando todo un mundo.

También veíamos los árboles y pensábamos que eran gigantes, enormes, como si tocaran el cielo. Claro... éramos chiquitos, y por eso todo nos parecía más grande y lejano de lo que en realidad era. Ahora sé que no era tan lejos... ni los árboles eran tan gigantes como los imaginábamos.

Mi papá siempre decía algo que yo no entendía del todo en ese momento, pero me gustaba escucharlo. Él decía:

—Armero es un centro para uno llegar y echar para adelante... es una ciudad de progreso: agrícola, industrial y ganadera.

Yo no sabía bien qué quería decir todo eso, pero sentía que era algo importante, porque lo decía con orgullo.

También decían que Armero era la «ciudad blanca» de Colombia. Yo tampoco entendía por qué la llamaban así... solo sé, que jugábamos con las lluvias de los pequeños copos blancos de algodón que se posaban en las ramitas de los árboles y que viajaban con el viento.

Me gustaba mucho ir al Parque Los Fundadores con mis amigas y amigos. Era uno de nuestros lugares favoritos. Era grande, con árboles altos y llenos de flores que daban una sombra fresquita donde podíamos sentarnos a hablar o a jugar.

Quedaba cerquita de mi casa, en el barrio Santander. Yo vivía como a una cuadra de la iglesia San Lorenzo, así que todo me quedaba cerca.

Allí, en el parque, casi siempre esperábamos a Jacinta, mi amiga. Ella vivía en la finca La María y tenía once años. Siempre le pedía a su papá que la escogiera entre todas sus hermanas para venir a Armero.

—Escójame a mí, papá, yo quiero ir —le decía.

Y cuando la dejaban venir, íbamos juntos a comer helado al Mercadito. Nos sentábamos con los amigos, hablábamos de cualquier cosa y saludábamos a todo el mundo.

Todo era tan bonito... tan tranquilo... como si todos se conocieran.

Algunas veces también caminábamos hasta el supermercado El YEP. Allí vendían de todo, comprábamos dulces y luego nos íbamos al Tívoli, un balneario de agua caliente que quedaba cerca del parque.

Éramos muy felices... tan felices... que ni siquiera sabíamos cuánto.

A mí me gustaba recorrer cada rincón del pueblo. A veces iba con mi papá, cuando él visitaba a sus amigos que trabajaban en el Banco Agrario o en el Banco de Bogotá. Yo trataba de quedarme quieta, pero me aburría rápido.

Entonces, casi siempre, me escapaba.

Me iba corriendo a la imprenta Claridad, la única que había en el pueblo. Quedaba en la casa de mi amiga Marcelita, y el dueño era su papá. A mí me encantaba ese lugar, con sus papeles, sus máquinas y ese olor especial que tenía.

En esos días yo estaba muy emocionada, porque mis papás habían mandado a hacer unas tarjetas para mi primera comunión. Iba a ser el 8 de diciembre, y yo no dejaba de pensar en eso.

Otras veces salía a conocer el pueblo con mis amigas y amigos, y otras veces con mi familia. Me gustaba mucho caminar, mirar todo, sentir que cada lugar tenía algo nuevo para mostrarme.



Un día fui a la biblioteca municipal con mi primo Raúl. Él estaba a punto de irse a vivir a Bogotá con mi abuela, porque iba a empezar a estudiar en la universidad. Yo no entendía muy bien lo que eso significaba, pero sabía que lo iba a extrañar.

La biblioteca había sido creada en 1983, y a mí me parecía un lugar grande, lleno de libros que guardaban historias que todavía no conocía.

Ese día conocí a Carlos, un amigo de mi primo. Era un muchacho flaco, rubio, como de unos dieciséis años. Me pareció interesante desde el principio, porque hablaba con mucha seguridad y siempre parecía saber muchas cosas. Mi primo me contó que él hacía parte de la Cruz Roja desde que tenía quince años.

Carlos era como un explorador. Le gustaba descubrir cosas y aprender de todo. Incluso había ayudado a su profesor de francés a crear un lugar que a mí me sonó muy importante: la Casa Museo Antropológico Carlos Roberto Darwin.

Cuando fuimos al museo, sentí que estaba entrando a otro mundo.

Era una casa típica de tierra caliente, grande y llena de luz. Tenía un patio enorme donde el sol caía fuerte, ventanales y portones de madera pintados de gris. En la entrada había un escalón, y Carlos me explicó:

—Es para que la gente no se tropiece al entrar.

Adentro había una sala principal y varios cuartos con vitrinas. Yo me acerqué despacito y vi muchas cosas: ollas de barro, objetos de piedra, hachas, lanzas... y también había unas momias, muy bien conservadas, dentro de unas urnas.

Eso me dio un poquito de miedo... pero también mucha curiosidad.

Entonces Carlos me habló, como si me estuviera contando un secreto muy importante:

—Lucía, todo esto perteneció a asentamientos indígenas de los panches que habitaron en la región.

Yo lo miré sin decir nada. Yo solo tenía nueve años... pero, aun así, me pareció algo fascinante. Era como si esas cosas guardaran historias antiguas que querían ser contadas.

Desde ese día me quedé con muchas ganas de volver a ver a Carlos, de que me siguiera explicando más cosas, de escuchar sus historias.

Pero lo que yo no sabía... era que lo volvería a ver tiempo después, de una forma que nunca me habría imaginado.

La cotidianidad no se escapaba y visitar el cementerio de Armero, para mí, era de las actividades más usuales.

Iba muchas veces al cementerio de Armero con mi tía Carmenza, la hermana de mi papá. A ella le gustaba ir seguido, por lo menos tres veces a la semana, y casi siempre me llevaba con ella. Nos quedábamos mucho tiempo allí. Mientras ella visitaba a los suyos, hablándoles despacito como si pudieran escucharla, yo me iba a jugar.

Me gustaba mirar la montañita que quedaba detrás del cementerio. Era verde, un poco empinada, y yo imaginaba que podía volar como un águila, subir hasta lo más alto y desde allá ver todo el pueblo. Cerraba los ojos y pensaba que sí podía hacerlo.

Con el tiempo, ese lugar se volvió familiar para mí.

Así como también lo era el Hospital San Lorenzo.

Quedaba en la carrera 18, entre la calle 13 y 14, y siempre tenía que pasar por ahí cuando iba para la casa. Era el edificio más grande del pueblo, tenía tres pisos y una marquesina enorme en la entrada. A mí me daba miedo. Mucho miedo.

No lo conocía por dentro, solo lo veía desde afuera... pero era suficiente. Me parecía gigante, frío, como si guardara algo que yo no entendía.



Yo no sabía que ese lugar, algún día, quedaría enterrado... pero que también sería un lugar donde se salvarían muchas personas de Armero.

Cuando pasábamos por ahí, yo me pegaba a mi tía Carmenza. Ella se daba cuenta y se reía de mí.
—Ay, Lucía, ¿otra vez con miedo? —me decía entre risas.

Pero ella no tenía miedo. Para nada.

Mi tía estaba acostumbrada a los hospitales. Me contaba que hacía más de quince años trabajaba en el Hospital Isabel Ferro de Buendía, al que todos le decían «El Mental».

Ella hablaba de ese lugar con orgullo, con los ojos brillantes.

—Lucía —me decía—, tu tía trabaja en el hospital más grande de salud mental del Tolima. Yo la miraba con admiración mientras seguía contando:

—Cuando el hospital iba a empezar, seleccionaron a 300 enfermeras... de esas quedamos 180 auxiliares para comenzar una formación de dos años... y solo terminamos 18 como tecnólogas en salud mental del departamento.

A mí me parecía increíble, aunque no entendiera todo.

Ella sonreía y seguía:

—Es un hospital maravilloso. Yo lo llevo en el corazón. Quiero mucho a mis compañeros... y me siento orgullosa, porque no trabajo con cualquiera.

A veces levantaba un poquito la voz, como si quisiera que yo sintiera lo importante que era:

—Trabajo con psiquiatras calificados, con estudiantes de psiquiatría, con estudiantes de cuarto y quinto semestre de especialización... hay fisioterapeutas, estudiantes de fisioterapia, terapia ocupacional, psicólogos... es un equipo interdisciplinario maravilloso.

Yo escuchaba todo eso y solo podía pensar que mi tía era muy valiente. Muy especial.

Y ahora que lo pienso, me parece aún más sorprendente saber que mi tía Carmenza... es una de las cuatro personas que ayudaron a fundar la salud mental en el departamento del Tolima.

Y que todavía está aquí.

Como si su historia... también fuera parte de todo lo que nunca se olvidó.

Los viernes, al llegar a casa, luego de visitar el cementerio y escuchar las fabulosas historias de mi tía, llegaba corriendo a la casa.

Entraba rápido, casi sin saludar, porque sabía que tenía que cambiarme para ir a mi ensayo de danza folclórica en la Casa de la Cultura.

Amaba bailar y disfrutaba mucho la clase de mi profesora Dilia, y con ella estábamos ensayando para un concurso de baile que pronto se iba a celebrar en Armero.

En mi grupo estaban mis amigos: Jacinta, Inés, que tenía mi misma edad, y Enrique y Marcelita, que eran un poquito más grandes, como de once años.

Ellos también hacían otras actividades, Por ejemplo, Enrique practicaba ciclismo. Él pertenecía al club Ciclo Cóndor y competía por la calle 11 de Armero y hasta fuera del pueblo.

—Yo voy a ganar una carrera —decía él con una sonrisa.

Y nosotros le creíamos.

Jacinta, por su parte, había participado en un encuentro nacional de juegos y rondas infantiles. Vinieron niños y niñas de muchos lugares, algunos vivían muy lejos, y para nosotros eso era algo increíble.

Fue un evento muy bonito, donde jugamos, conocimos personas y sentimos que Armero era un lugar lleno de vida.



Inés también tenía lo suyo. Su familia era muy activa en el levantamiento de pesas, y su hermano, que tenía como dieciocho años, siempre ganaba medallas.

A nosotros nos daba un poquito de envidia, porque él viajaba mucho.

Y Marcelita... ella hacía muchas cosas. Los domingos iba con su mamá y otra señora a llevar cositas a la cárcel que quedaba cerca del parque y del hospital donde mi tía trabajaba, «El Mental».

Pero, además, Marcelita hacía parte de la tuna. Su papá siempre le decía:

—Tienes que aprender algo del arte.

Y ella lo hizo. Tocaba junto con su hermana, que sabía de tiple, guitarra y bandola. Habían ido varias veces a Ibagué a concursar.

Porque ser artista era algo innato del Tolima.

Y es que en Armero pasaban muchas cosas. Los eventos culturales eran normales. En el centro cultural había cinearte, danzas, presentaciones... siempre había algo que hacer.

Todos los colegios participaban: la Sagrada Familia, el Colegio Americano, las escuelas... todos. Los profesores de educación física eran muy activos y los deportes como el fútbol y el básquetbol, se practicaban todo el tiempo. Había campeones y nosotros los mirábamos con admiración.

Teníamos canchas, piscinas de aguas medicinales y hasta un bosque alrededor.

Era, de verdad... un paraíso.

Y ahora, cuando lo recuerdo, lo extraño tanto.

Añoro ese paraíso... porque después de una avalancha así, uno siente que todo cambia. La vida cambia. La infancia cambia.

Yo también cambié.

La niña despreocupada que era antes, la que gastaba los lápices sin pensar... ya no podía ser igual.

—No... no se puede más —decían—. ¡No hay plata!

—¡Es que se dañó el cuaderno! —decía yo.

—No, ese es el que le tiene que durar hasta julio —me respondían.

Y yo, confundida, decía:

—Pero si mi papá en Armero me compraba...

Y entonces me decían algo que yo nunca iba a olvidar:

—Sí... pero eso era en Armero.

Ahora...

Todo había cambiado después de aquella noche.



Parte II

En una hoja blanca hacíamos figuras con la ceniza que caía del cielo

Ay, Armero...

Cómo olvidar esa noche... y no saber lo que significaba esa ceniza que caía durante tantos días sobre nuestras cabezas. Para nosotros, al principio, era casi como un juego. La usábamos como si fuera carboncillo para dibujar figuras.

Recuerdo un día muy claro. Estábamos jugando en la calle Inés, Enrique y yo, como siempre, riendo y corriendo. De pronto, empezaron a caer cositas del cielo, muy despacio. Nos miramos sin entender.

—Mire... —dijo uno.

Entonces cogimos una hoja blanca para ver mejor lo que caía y corrimos hasta donde estaba mi mamá, gritando emocionados:

—¡Mamá, mamá, mire lo que está cayendo... arena!

Yo lo decía como si fuera algo bonito, como si fuera algo para celebrar.

Pero los días pasaban... y esa «arena» ya no era un juego.

Días antes de ese trece de noviembre, la ceniza ya era parte de todo. Era como el pan... no porque se comiera, sino porque estaba siempre ahí, todos los días, en todas partes. En los techos, en las calles, en la ropa... en el aire.

En la iglesia, el cura nos decía con voz tranquila:

—Es normal... no se alarmen.

Otras personas decían:

—Pongan los ventiladores para que saquen el olor.



Pero yo nunca olía nada. Yo solo veía esa ceniza caer y caer.

Y también escuchaba a la gente decir:

—¡Eso no pasa nada con la ceniza! Cúbrase la boca y ya.

Yo trataba de hacer caso, pero no entendía del todo.

Recuerdo que a veces mi mamá miraba al cielo y pensaba que estaba lloviendo. Entonces salía al patio con apuro a recoger agua.

Pero cuando abría las manos... no era agua. Era ceniza.

Por esos días, mi tía Carmenza llegó a la casa a visitarnos. Traía puesta una blusa blanca que estaba cubierta de ceniza. Apenas entró, empezó a contarnos lo que había visto. Dijo que había pasado por el parque Los Fundadores y que allí se encontró con el barrendero, al que todos le decían «El Mico».

—Ay, usted sí que molesta con esa escoba —le había dicho ella, medio en broma, al saludarlo. Pero él, en lugar de sonreír, la miró con insistencia y le respondió, casi señalando el suelo:

—Mire, mire, mire toda la tierra que hay... es ceniza que está cayendo.

Mi tía, sorprendida, alzó la voz:

—¿En verdad está cayendo tanta? ¿De dónde viene?

Entonces, como si la pregunta hubiera despertado algo en todos, las personas que pasaban por el lugar se detuvieron, levantaron la mirada y, casi al mismo tiempo, respondieron:

—¡Cae del cielo!

Mientras ella hablaba en la cocina, yo observaba a mi mamá. Su rostro iba cambiando poco a poco mostrando preocupación por la historia que contaba la tía Carmenza. En ese momento mi papá llegó de trabajar de la finca un poco molesto y alarmado diciendo que la ceniza del volcán estaba dañando la maquinaria de los cultivos y de los tractores.

—¿Sí ven? —dijo mi mamá, mirando a todos—. Esto no es normal. Esto confirma todo lo que nos han estado diciendo desde hace más de un año.

Contaba que había escuchado en la radio que el volcán seguía «molestando» y que la alerta había pasado de amarilla a naranja. Yo no entendía bien qué significaba eso, así que le pregunté:

—Mamá, ¿qué es eso de alerta naranja? A mí me gusta ese color...

Ella me miró, y su voz se quebró. Tenía los ojos llenos de lágrimas cuando empezó a explicarme, con una dulzura atravesada por el miedo:

—Lucía, la alerta es como un semáforo. Cada color significa algo: el amarillo es el menos grave, quiere decir que puede pasar algo, pero no es tan seguro. El naranja indica que algo puede pasar y debemos cuidarnos... y el rojo es como si en cualquier momento fuera a pasar algo muy grave, y debemos irnos. Para dejar de escucharla, me tapé los oídos con las manos y cerré los ojos con fuerza. El miedo me llenaba el cuerpo. Aunque no entendía todo, sí comprendía lo suficiente: algo malo iba a pasar. Ya no quería volver a jugar con la ceniza ni hablar de eso. En mi mente de niña, pensaba que si no lo nombrábamos, si no lo decíamos en voz alta, tal vez no ocurriría.

Así que, decidida a escapar de aquella conversación, salí corriendo de la cocina. Necesitaba alejarme de esas palabras que no entendía del todo pero que me llenaban de un miedo profundo. Llegué a la sala y encendí el televisor, buscando refugio en mis muñequitos favoritos: Candy Candy.

Pero no contaba con que esa pequeña felicidad también se vería opacada. La programación cambió y dio paso a la franja de noticias de la noche. Ese era, por lo general, un momento tranquilo en casa: mamá, papá y yo nos sentábamos juntos en el sofá a ver el noticiero, y casi siempre yo terminaba quedándome dormida sobre los hombros de papá, protegida por su presencia. Sin embargo, esa noche fue diferente.

En la pantalla empezaron a aparecer imágenes que me resultaban confusas y aterradoras: un edificio en llamas, hombres armados, personas llorando y corriendo. Algunos, como yo, se cubrían los oídos, como si quisieran bloquear el ruido o el miedo. Se veían carros enormes subiendo por escaleras, derribando puertas, atravesando todo a su paso. Todo era caótico, incomprensible.

No entendía lo que estaba viendo, pero al escuchar que aquello sucedía en Bogotá, una preocupación inmediata me atravesó.

—¿Cómo están mi abuela y mi primo Raúl? —pregunté a mis papás.

Para mí, no había duda: algo muy malo estaba pasando en Bogotá, y allí vivía parte de mi familia. Mi papá, con voz calmada, trató de tranquilizarme:

—Es la toma del Palacio de Justicia, un edificio muy importante de la capital... pero queda lejos de la casa de tu abuela.

Escucharlo fue como recuperar el aire. Respiré aliviada, aferrándome a esa idea: ellos estaban lejos, estaban bien.

Ahí fue cuando sentí que lo de la alerta en Armero se había quedado como en segundo plano... como si de repente hubiera algo más grave pasando en Bogotá. Me puse triste, porque ya estábamos preparando el viaje para ir a visitar a mi abuela y celebrar mi cumpleaños, que sería el catorce de noviembre.

Yo ya no sabía si podríamos ir.

En mi casa, durante esa última semana, ya casi no se hablaba de otra cosa que no fuera lo del Palacio en Bogotá. Nadie mencionaba las alertas de colores... y eso, de alguna manera, me tranquilizaba.

Porque yo pensaba: si nadie habla de eso... entonces no va a pasar nada.

Sin embargo, por esos mismos días, iba con mi mamá por la calle, camino al Teatro Bolívar, que quedaba en el cruce de la carrera 16 con la calle 10. Íbamos a ver una película de Cantinflas y a comer los famosos helados con crema de leche de Don Ignacio. Eso me emocionaba mucho.

Mientras caminábamos, vimos a un señor rodeado de muchas personas, justo por la calle 10, cerca de la plaza de mercado. Mi mamá me dijo:

—Ese es el señor Jaramillo, es muy conocido en el pueblo.

El señor hablaba fuerte, como si quisiera que todos entendieran algo muy importante. La gente lo escuchaba con atención.

Nos acercamos un poco, y yo trataba de entender lo que decía.

—La represa del Sirpe... —explicaba— tiene, más arriba, unas piedras muy grandes y hay muchísima agua acumulada. Si eso se rompe, el agua va a venir y va a acabar con las tierras... y con Armero. Luego siguió diciendo:

—Como tenemos el volcán que está próximo a hacer erupción, hay que prevenir... hay que explotar esas piedras con pólvora.

Hizo una pausa, y su voz sonó más seria:

—Pero eso se tiene que hacer con el gobernador del Tolima y los alcaldes del Líbano y de Armero... y ellos dicen que no hay plata para hacerlo.

La gente murmuraba.

Y él terminó, casi como un aviso que se quedaba en el aire:

—Pero eso es indispensable... porque si no, el agua y el lodo van a llegar... y pueden arrasar totalmente con Armero.

Yo no entendía todo lo que decía... pero sentía algo raro en el pecho. Como cuando uno escucha algo que da miedo, aunque no sepa exactamente por qué.

Yo seguía escuchando al señor Jaramillo, tratando de entender todo lo que decía. Él hablaba en voz alta para que todos lo oyeran, como si estuviera dando recomendaciones esenciales.

—En caso de una inundación —decía—, deben dirigirse hacia el cerro que está detrás del cementerio. Cuando lo escuché, pensé en ese mismo cerro que yo conocía tan bien. Era el que miraba cuando iba con mi tía al cementerio, el que me gustaba imaginar desde lejos, donde soñaba que podía volar como un águila y ver todo el pueblo desde arriba.

Cerca de ese cerro quedaba el barrio El Yavi, una zona bonita de la parte alta de Armero. También estaba el Club de Tiro, Pesca y Caza Los Pijaos.

El señor Jaramillo siguió hablando:

—Construyan un puentecito donde pasa la acequia, para que puedan cruzar más fácil hacia el cerro... y aprendan a nadar.

Después de escucharlo, mi mamá se quedó muy pensativa. Yo la miraba y sentía que algo le preocupaba.

Entonces me dijo:

—No vamos a ir al teatro.

Yo me sorprendí un poco, porque quería ver la película de Cantinflas y comer helado, pero no dije nada.

—Vamos donde Aurora —agregó—. Ella debe saber más de lo que está pasando.

Caminamos hasta la casa de la vecina, que se llamaba Aurora. Cuando llegamos, vi a un niño pequeño, muy tierno, que estaba jugando en la entrada. Era su hijo.

Me acerqué a saludarlo y le pregunté por su abuelo. Él, con su vocecita dulce, me respondió:

—Mi abuelito bomberito.

Eso me dio risa y ternura al mismo tiempo. Me quedé jugando con él, olvidándome por un momento de todo lo demás.

Mientras tanto, un poco más allá, escuchaba a mi mamá hablando con la señora Aurora. No entendía todo, pero alcanzaba a oír algunas cosas.

La señora le decía:

—Mi papá se mantiene en constante contacto con el alcalde del pueblo... siempre está listo para dar la alarma desde el camión de bomberos.

Yo seguía jugando, pero sentía que los adultos hablaban de algo serio... algo que no era como los otros días.

Los días fueron pasando... pero ya no eran como antes.

Algo había cambiado. Aunque seguíamos haciendo las mismas cosas, el miedo y la zozobra se habían quedado con nosotros, como si no quisieran irse. Y ese olor raro, como a azufre, tampoco se iba nunca... parecía quedarse pegado en el aire, en la ropa, en todo.

Pero el 12 de noviembre fue distinto.

Mi mamá decía que ese día el agua había llegado clara, transparente, como no se veía desde hacía mucho tiempo, porque normalmente bajaba turbia por lo del volcán. Y lo más extraño era que no cayó ceniza.

Tengo la sensación de que ese martes fue esplendoroso en Armero.

El sol brillaba, pero no con su acostumbrada intensidad candente, sino con una luz serena, casi benévola. Por eso guardo en la memoria que aquel día fue, quizá, el mejor de Armero en esos tiempos inciertos.

Al día siguiente, el 13 de noviembre, fui a la escuela con un poquito más de tranquilidad y esperanza. Sentía que todo podía estar mejor.

En el recreo jugué como siempre con mis amigas y amigos. Reímos, corrimos, hicimos lo de todos los días... como si nada estuviera pasando.

Pero cuando entramos otra vez al salón, todo cambió.

El profesor se veía diferente, serio, como preocupado. Nos miró y nos dijo, con una voz que no olvidé:

—Váyanse para sus casas... y díganles a sus papitos y a sus mamitas que recojan lo que puedan... y que se vayan para la loma... porque Armero se va a acabar por el agua.

Yo me quedé quieta, sin entender bien.

Miré a mis compañeros.

Nadie hablaba.

Y en ese momento... algo dentro de mí sintió que esto... ya no era como antes.

Me asusté muchísimo. Sentí que el corazón me latía muy rápido, como si quisiera salirse, y mis manos comenzaron a temblar. Los ojos se me llenaron de lágrimas y todo se puso borroso, como si no pudiera pensar bien. Solo podía pensar en mi familia.

Entonces salí corriendo del salón, sin decir nada. Corría y corría por la escuela y luego por la calle, sin mirar a nadie, solo quería llegar a mi casa o encontrar a mi mamá.

En medio de la calle la vi. Ella me vio llorando y se asustó mucho. Se acercó rápido y me preguntó:

—¿Qué te pasa? ¿Por qué estás llorando?

Yo estaba tan agitada que casi no podía hablar, pero le dije como pude, entre sollozos:

—El profesor canosito nos dijo que Armero se va a acabar... que tenemos que avisarles a los papás... y salir corriendo hacia el cerro...

Mi mamá se quedó como quieta por un segundo.



Yo la miré... y vi cómo sus ojos se abrieron muchísimo, como si hubiera visto algo que la asustó de verdad. Sin decir nada más, me tomó fuerte de la mano.

—Vámonos —dijo.

Y empezamos a caminar rápido, casi corriendo, hacia la casa de unos familiares donde sabíamos que estaban todos reunidos.
Ya era el atardecer.

Cuando llegamos, la escena era diferente a lo que sentíamos nosotras.

Adentro estaban todos reunidos, como siempre a esa hora. Sobre la mesa había chocolate caliente, queso y pan. El olor era rico, acogedor... como cualquier otro día.

Se escuchaban risas.

Había alegría, porque había llegado un tío de mi mamá que hacía mucho tiempo no venía a visitarnos. Pero nosotras no llegamos así.

Entramos llorando.

Yo sentía que algo en mi pecho no me dejaba hablar, y mi mamá tampoco decía mucho, pero sus lágrimas lo decían todo.

Y en ese momento... mientras unos reían y otros no entendían por qué llorábamos... sentí que algo muy grande estaba a punto de cambiar.

El tío, sorprendido, le preguntó a mi madre:

—¿Por qué estás llorando?

Ella, con voz temblorosa, respondió:

—Miré toda la ceniza que está cayendo... —y le relató lo que yo le había contado cuando salí de la escuela.

Él trató de tranquilizarla:

—No pasa nada, ya dijeron que no va a pasar nada.

Pero mi madre insistió:

—No, tío, usted viera... Uno dice una cosa, otro dice otra: que es una inundación, que una avalancha, que habrá lodo o agua. Ya el parque estaba lleno de ceniza.

El tío, con gesto sereno, le dijo:

—No llore más.

Ella lo miró con desconsuelo y replicó:

—¿Cómo no voy a llorar?

Nos despedimos de todos, los abrazamos con fuerza, y mi madre, con un mal presentimiento, murmuró:

—Yo creo que no nos vamos a volver a ver, hasta nunca...

Después de despedirnos, caminamos rápido hacia la casa. Yo sentía que mis pasos iban más ligeros, como si algo me empujara a llegar pronto. El sol ya se había escondido cuando entramos, y todo se veía diferente, más oscuro, más callado.

Buscamos a mi papá enseguida.

Cuando lo encontramos, estaba hablando por teléfono con mi tía Carmenza. Yo lo miré y sentí algo raro... su cara estaba pálida, como si se le hubiera ido el color, y su voz salía cortada, como si le costara hablar. Se veía apurado, nervioso.

Esperamos en silencio.

Cuando colgó, nos habló rápido, casi sin respirar:

—Carmenza me dijo que en el hospital les advirtieron que hay que preparar los neumáticos para toda la familia... el río Lagunilla está a punto de desbordarse.

Él siguió diciendo:

—Nadie sabe exactamente cómo va a pasar... pero allá todo el mundo está en alerta. Sentí un nudo en el estómago.

Mi mamá no perdió tiempo. Se acercó al teléfono y llamó a mi abuela, la mamá de mi papá. Mientras hablaba, yo la miraba tratando de adivinar lo que le diría.

Al otro lado, la voz de mi abuela sonaba tranquila, como si nada estuviera pasando.

Mi mamá escuchaba en silencio, y yo alcanzaba a oír algunas palabras.

—Acabo de llegar de la iglesia... de la misa de las seis de la tarde —decía mi abuela con voz suave. Hizo una pausa y luego siguió:

—Allá nos dijeron que no va a pasar nada.

Yo la imaginaba hablando con calma, como siempre.

—Muchas veces han puesto alertas —continuó— y nunca pasa nada... mejor quédense en la casa tranquilos, no se preocupen tanto.

Mi mamá colgó el teléfono.

Y por un momento... todo quedó en silencio otra vez.

El teléfono volvió a sonar más tarde, eran casi las nueve de la noche. Mi mamá contestó, y al otro lado estaba Raúl, mi primo, el que se había ido a estudiar a Bogotá. Su voz, tensa y apresurada, rompió cualquier calma:

—Yuli, tienen que irse de Armero esta noche. Se tienen que ir ya.

Desde la capital, nos hablaba de un caos que nosotros aún no veíamos. Decía que la gente allá estaba alarmada. El volcán Nevado del Ruiz había hecho erupción, repetía, y Armero... Armero iba a desaparecer.

Raúl le insistía a mi mamá que saliera de inmediato y buscara a Patricia que era su mamá. Él mismo había intentado comunicarse con ella, pero no lo había logrado. Sus palabras eran urgentes, cargadas de una certeza que nos resultaba incomprensible desde la quietud engañosa del pueblo.

Mi mamá colgó y se quedó inmóvil por un instante. Luego empezó a repetir, casi en un susurro que crecía con la angustia:

—¿Y ahora para dónde nos vamos? ¿Qué hacemos? ¿Qué hacemos?

Mi papá, desconcertado, la miraba sin entender cómo una amenaza tan grande podía ser tan ajena a nosotros.

—Pero ¿cómo? —decía— ¿Por qué los que estamos aquí en el pueblo no sabemos? ¿Por qué nosotros no sabemos eso? ¿Dónde nos vamos a refugiar? No sabemos si hay plan de evacuación ¿A dónde vamos?

En medio de esas preguntas, corrió rápidamente, encendió la televisión. Eran las nueve de la noche cuando apareció en pantalla el señor Max Henríquez en el Noticiero Nacional. Su voz advertía a los habitantes de la zona de Armero: el volcán había hecho erupción. Mientras hablaba, mostraba un croquis que avanzaba hasta llegar a Armero.

En ese instante, mi papá se alarmó mucho.

Ya no eran solo comentarios ni cosas que decía la gente. Ahora lo estaban diciendo en un noticiero... era algo real. Confirmaban lo mismo que mi tía Carmenza le había contado.

Todo se volvió más urgente.

Mi mamá y mi papá empezaron a preparar las maletas muy rápido, como si el tiempo se fuera a acabar. Yo los miraba y sentía que algo grande estaba pasando.

Mi papá salió a buscar a la familia.

Ya eran casi las diez de la noche cuando empezó a llover.

Pero no era una lluvia cualquiera.

En medio de esa tormenta, mi mamá y yo salimos al patio. Íbamos a buscar los neumáticos que habíamos guardado días atrás.

El piso estaba mojado, resbaloso... pero cuando llegamos a donde estaba la piscina inflable en la que yo jugaba los fines de semana, vimos algo extraño.

El suelo estaba cubierto de piedritas. Eran piedritas raras... como esponjosas. A mí me dio curiosidad.

Quise agacharme y tocarlas, pero mi mamá me detuvo de inmediato. Ella se dio cuenta antes que yo.

—¡No! —me dijo, apartándome.

Las piedras estaban hirviendo. Yo me asusté.

Y entonces mi mamá, con una voz que nunca le había escuchado, gritó:

—¡Aquí hay algo muy grave... muy grave!

Parte III

Jugábamos mientras mi papá empacaba las maletas...

Todo empezó a las 10:45 de la noche.

En la casa ya estábamos todos juntos. Habían llegado algunos de mis primos, mi abuela y varias de mis tías con mi papá. La sala estaba llena, pero no era una reunión como las otras. Nadie reía fuerte ni hablaba tranquilo.

El ambiente se sentía pesado.

Había muchas miradas cruzadas, palabras que se decían a medias y otras que se quedaban en silencio. Yo no entendía todo, pero sí sentía que algo no estaba bien, como si una sombra se hubiera metido en la casa.

No sé si lo que hicimos después fue para olvidar eso... o para no tener miedo. Pero mis primos y yo decidimos subir al segundo piso a jugar.

Subimos rápido, como escapándonos.

Entramos a mi cuarto, ese lugar donde estaban todos mis juguetes, donde siempre me sentía tranquila. Era como si, al cerrar la puerta, el mundo volviera a ser el mismo de antes. Y entonces hice algo.

Sin pedir permiso, fui directo al lugar donde estaban los juguetes «especiales». Esos que mi mamá siempre decía que no eran para jugar todos los días, esos que casi siempre estaban guardados, bien quieticos, como si no pudieran salir.

Y allí estaba ella... Liliana. Mi muñeca grande.

La tomé en mis manos por primera vez sin que nadie me dijera nada. La abracé fuerte; tenerla entre mis manos me daba una extraña sensación de seguridad, como si pudiera protegerme; como si, por un momento, lograra hacerme olvidar el caos que se vivía en el primer piso.

Desde el segundo piso podíamos escuchar a los adultos. Sus voces ya no sonaban normales... sonaban urgentes, como si algo se fuera a acabar.

Se oían pasos rápidos, maletas que se abrían y se cerraban fuerte, ropa que sacaban y tiraban, cosas que movían de un lado a otro. Era como si la casa estuviera revuelta, como si todo se estuviera saliendo de su lugar.

De repente, empezaron a llamarnos, casi gritando:

—¡Bajen ya!

—¡Vengan inmediatamente!

Sus voces nos asustaron.

Yo me quedé quieta por un segundo, abrazando mi muñeca Liliana. Ya no se sentía como un juego. Todo se sentía distinto... más rápido, más fuerte.

Parecía que el mundo, allá abajo, se estaba desordenando, como si poquito a poco se estuviera rompiendo... como si algo muy grande estuviera a punto de pasar.

Cuando bajé la escalera, mi papá me vio enseguida. Caminó hacia mí rápido, como si tuviera miedo de que me perdiera entre todo ese ruido y ese desorden.

Yo bajaba apurada, con el corazón laténdome fuerte, y cuando llegó hasta mí le dije, casi como si se me hubiera ocurrido una solución:

—Papi... por la escalera subámonos al techo, que allá no nos mojamos los pies.

Él se quedó mirándome fijamente por un momento. Sus ojos se veían diferentes... como tristes y asustados al mismo tiempo.

De repente me abrazó.

Pero no fue un abrazo como los de siempre. Fue fuerte... muy fuerte, como si no quisiera soltarme nunca. Yo sentí su cuerpo temblando, y entonces me di cuenta de que estaba llorando.

Nunca lo había sentido así.

Con la voz cortada, como si le doliera hablar, me dijo:

—Todo va a estar bien... vamos a salir de aquí.

Yo me quedé quieta entre sus brazos.

Y en ese instante... no sé por qué... empezaron a venir a mi mente muchos recuerdos bonitos. Como si el tiempo se hubiera detenido un momentico solo para mostrármelos.

Me vi en el campo, caminando de la mano de mi papá, corriendo entre los cultivos, riéndome... jugando con esas motitas de algodón que volaban suavemente por el aire.

Todo lo que había sido feliz, todo lo que había sido seguro... pasó frente a mis ojos como en un sueño. Y entonces sentí algo en el pecho. Un miedo muy grande.

Pensar que mi casa, mi cuarto, mis juguetes... todo lo que conocía... podía desaparecer... era un miedo tan profundo que no sabía cómo decirlo.

Por un momento nos asomamos por la ventana hacia la calle. Pero no se veía nada.

La oscuridad lo cubría todo... era una oscuridad espesa, como si no dejara pasar ni la vista ni el aire. Yo trataba de mirar, de encontrar algo conocido... pero no había nada. Solo se escuchaban sonidos. De pronto, entre todo ese ruido, se oyó una voz que corría por la calle, gritando fuerte:

—¡Salgan de las casas! ¡Corran!

Decía que era de la Cruz Roja.

Yo me quedé escuchando con atención... y entonces la reconocí. Sentí un sobresalto.

Era Carlos... el amigo de mi primo Raúl. No lo podía creer.

Me sorprendí mucho al saber que él estaba allá afuera, corriendo, en medio de todo eso... arriesgándose. Su voz se mezclaba con un ruido muy fuerte, un ruido constante, ensordecedor que estaba en todas partes.

Entre ese estruendo se escuchaban más cosas, pero casi no se entendían: gritos lejanos, voces desesperadas... el rugir de algo que no lograba comprender, era un sonido como de un avión cuando despega, un ruido desbordante, con una fuerza que no recuerdo haber sentido antes ni después de esa noche.

No lograba entender bien qué estaba pasando.

Sentía que era algo que solo los adultos comprendían. Ellos miraban, hablaban, se movían rápido... como si supieran cosas que a nosotros se nos escapaban.

Pero, aunque no entendiéramos, lo sentíamos.

Lo sentíamos en el cuerpo... en el miedo que iba creciendo poquito a poco dentro de nosotros.

Yo no entendía qué era lo que nos estaba llegando.

Sentía algo húmedo tocarme los pies. Pensaba que era agua mezclada con tierra... pero era diferente, era más espeso, como un material que yo no conocía, creíamos provenía del río.

En ese momento se me vino una idea rápida a la cabeza. Pensé en la tarima del parque.

Creí que si llegábamos allá, por ser más alto, podríamos estar a salvo de eso que nos estaba alcanzando.

—Vamos para allá —pensé, aunque no sé si lo dije en voz alta.

Entonces decidimos caminar por una de las calles alternas, de esas por donde siempre subíamos hacia mi casa, la que pasaba cerca del hospital. Tratábamos de avanzar, pero todo estaba oscuro, resbaloso, confuso.

Apenas habíamos caminado una cuadra... cuando ya no pudimos seguir.

Y ahí fue. Ahí vimos por primera vez lo que de verdad estaba pasando.

Frente a nosotros apareció algo que nunca voy a olvidar. Una ola de lodo.

Para mí era enorme... gigantesca... como un monstruo que venía avanzando sin detenerse, llevándose todo a su paso.

Yo la miraba sin poder moverme.

En esa ola vi muchas personas... vestidas de blanco. Llevaban velas, luces, veladoras... como si fueran pequeñas lucecitas flotando en medio de la oscuridad.

Y de un momento a otro... ya no estaban. Desaparecieron. Como si el lodo se las hubiera tragado. Sentí un frío por dentro.

Y supe... aunque no lo entendiera del todo... que eso no era agua. Era algo mucho peor. Llena de miedo, salí corriendo.

Iba aferrada a la mano de mi mamá y a la de mis familiares, apretando fuerte, como si al soltarlas pudiera perderme para siempre. Corríamos sin mirar atrás, sin saber exactamente hacia dónde, solo queriendo alejarnos de esa pesadilla que nos venía siguiendo.

Todo era confuso.

El suelo se sentía extraño, el aire pesado, y nuestros pasos se mezclaban con el ruido y los gritos. Yo solo quería que todo parara.

Seguíamos corriendo... pero cada vez parecía más difícil encontrar por dónde salir.

De pronto, empezamos a escuchar voces que venían de diferentes lados, voces cortadas, desesperadas, que repetían una y otra vez:

—¡La avalancha pasó por el otro lado!

—¡Las otras calles también están bloqueadas!

Esas palabras me hicieron sentir más miedo.

Era como si ese monstruo invisible, imparable, quisiera alcanzarnos sin importar hacia dónde corriéramos, cerrando cada posible salida. Fue entonces cuando comprendimos, que estábamos encerrados, que no había forma de huir.

Sentí el corazón apretado, como si no cupiera dentro de mi pecho. No sabía qué hacer, ni qué pensar. Y en medio de todo ese miedo... pensé en algo.

Pensé que Dios había trazado una línea en la avenida principal, una frontera milagrosa donde el lodo se detenía.

No sé por qué lo pensé, pero lo sentí así.

Y fue en ese lugar... justo ahí, en la calle de los bomberos, bajando por la bomba de gasolina, cerca al cementerio municipal... donde todo cambió.

Porque allí... esa línea existió. El lodo se detuvo.

Y gracias a eso... pudimos salvarnos.

Desde donde estábamos, podíamos ver el otro lado... el otro extremo de esa línea que yo sentía que Dios había dibujado.



Yo miraba sin poder apartar los ojos.

Veía pasar los muebles retorcidos, los carros hechos pedazos, como si hubieran sido aplastados y luego arrojados sin rumbo. Todo parecía revolcarse en una mezcla espesa y devastadora, como si las mismas casas se deshicieran y se revolvieran entre sí. También arrastraba fragmentos de paredes, tejas, materiales, hierros doblados, sillas... todo giraba, todo se hundía y volvía a surgir en ese movimiento caótico, como si la tierra estuviera tragándose el mundo y devolviéndolo irreconocible.

Todo iba girando en esa mezcla espesa de lodo, como si nada tuviera peso.

De pronto, a lo lejos, vimos a personas que venían desde la parte alta de Armero. Bajaban corriendo, desesperadas, gritando con todas sus fuerzas:

—¡Desde allá arriba se oye como si todo se viniera acabando!

—¡La tierra tiembla!

—¡Es como si un tren viniera moliendo todo!

Sus voces hacían que todo se sintiera más real... más cerca.

Y entonces, en medio de todo eso, apareció algo que nunca voy a olvidar.

Un señor ya mayor.

Venía aferrado con todas sus fuerzas al tronco de un árbol que la avalancha arrastraba. El agua lo movía de un lado a otro, golpeándolo, llevándolo sin control. Parecía que en cualquier momento lo iba a soltar todo.

Mis familiares no dudaron.

Salieron corriendo hacia él, metiéndose hasta donde podían, estirando los brazos, tratando de alcanzarlo.

Yo los miraba con el corazón latiendo muy fuerte. Y entonces... lo lograron.

Lo ayudaron a salir, a pasar a un lugar firme. El señor estaba muy golpeado, lleno de barro... pero estaba vivo. Y en medio de tanta oscuridad... eso se sentía como una pequeña luz.

Cuando por fin tocó tierra, nos miró con los ojos desorbitados y, con voz temblorosa, casi sin aliento, nos dijo:

—Esto va por todas partes... yo he estado recorriendo varios lugares en ese tronco... es que eso es como un río... vengo desde la montaña que queda detrás del cementerio.

Yo lo escuchaba con atención, casi sin respirar, mientras él, aún agitado, le contaba a mi mamá y a mi papá lo que había vivido. Hablaba rápido, como si temiera que el tiempo no le alcanzara para decirlo todo, y entonces continuó:

—Estábamos en la casa, ya acostados, cuando escuchamos un ruido, como cuando el carro de la basura empieza a triturar. Salimos corriendo de la casa: yo sin zapatos, mi esposa con la levantadora y sandalias; una de mis hijas logró ponerse sus botas ortopédicas y la otra salió descalza, como yo. Hizo una pausa, como si le costara respirar, y luego siguió hablando:

—Corrimos hacia el cementerio...

Yo lo escuchaba sin apartar la mirada. Entonces él dijo:

—Me paré en la puerta, y la gente entraba diciendo: «no, mire lo que viene... eso viene más alto que la torre de la iglesia... altísimo... mejor dicho, traía la ciudad envuelta». Al mismo tiempo un joven gritaba y señalaba: «¡vamos hacia la loma!».

Empezamos a subir esa montaña que queda detrás del cementerio... llovía muy fuerte y no sabíamos si había culebras. Esa montaña empezó a temblar, porque la tierra temblaba... Mientras subíamos, nos encontramos con una multitud de personas.

Sus palabras se volvieron más aceleradas, casi atropelladas:

—Empezamos a escuchar a la gente pidiendo auxilio... al parecer, todos se aglomeraban buscando caminos para llegar a la montaña. Otras personas venían corriendo desde el Club de Caza y Pesca y decían que el río ya se había desbordado por allá...

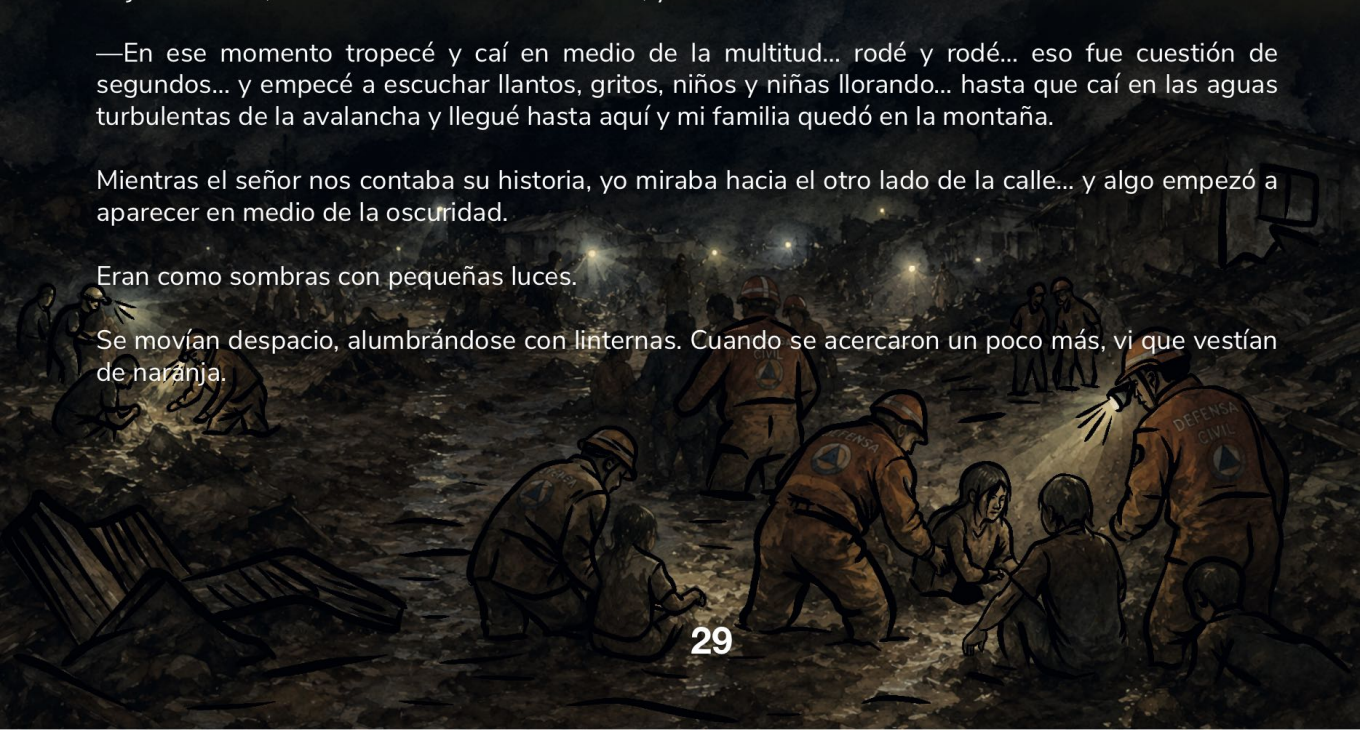
Bajó la mirada, como si reviviera cada instante, y añadió:

—En ese momento tropecé y caí en medio de la multitud... rodé y rodé... eso fue cuestión de segundos... y empecé a escuchar llantos, gritos, niños y niñas llorando... hasta que caí en las aguas turbulentas de la avalancha y llegué hasta aquí y mi familia quedó en la montaña.

Mientras el señor nos contaba su historia, yo miraba hacia el otro lado de la calle... y algo empezó a aparecer en medio de la oscuridad.

Eran como sombras con pequeñas luces.

Se movían despacio, alumbrándose con linternas. Cuando se acercaron un poco más, vi que vestían de naranja.



Yo lo escuchaba con atención, casi sin respirar, mientras él, aún agitado, le contaba a mi mamá y a mi papá lo que había vivido. Hablaba rápido, como si temiera que el tiempo no le alcanzara para decirlo todo, y entonces continuó:

—Estábamos en la casa, ya acostados, cuando escuchamos un ruido, como cuando el carro de la basura empieza a triturar. Salimos corriendo de la casa: yo sin zapatos, mi esposa con la levantadora y sandalias; una de mis hijas logró ponerse sus botas ortopédicas y la otra salió descalza, como yo. Hizo una pausa, como si le costara respirar, y luego siguió hablando:

—Corrimos hacia el cementerio...

Yo lo escuchaba sin apartar la mirada. Entonces él dijo:

—Me paré en la puerta, y la gente entraba diciendo: «no, mire lo que viene... eso viene más alto que la torre de la iglesia... altísimo... mejor dicho, traía la ciudad envuelta». Al mismo tiempo un joven gritaba y señalaba: «¡vamos hacia la loma!».

Empezamos a subir esa montaña que queda detrás del cementerio... llovía muy fuerte y no sabíamos si había culebras. Esa montaña empezó a temblar, porque la tierra temblaba... Mientras subíamos, nos encontramos con una multitud de personas.

Sus palabras se volvieron más aceleradas, casi atropelladas:

—Empezamos a escuchar a la gente pidiendo auxilio... al parecer, todos se aglomeraban buscando caminos para llegar a la montaña. Otras personas venían corriendo desde el Club de Caza y Pesca y decían que el río ya se había desbordado por allá...

Bajó la mirada, como si reviviera cada instante, y añadió:

—En ese momento tropecé y caí en medio de la multitud... rodé y rodé... eso fue cuestión de segundos... y empecé a escuchar llantos, gritos, niños y niñas llorando... hasta que caí en las aguas turbulentas de la avalancha y llegué hasta aquí y mi familia quedó en la montaña.

Mientras el señor nos contaba su historia, yo miraba hacia el otro lado de la calle... y algo empezó a aparecer en medio de la oscuridad.

Eran como sombras con pequeñas luces.

Se movían despacio, alumbrándose con linternas. Cuando se acercaron un poco más, vi que vestían de naranja.

Mi papá, al verlos, dijo:

—Son de la Defensa Civil.

No venían solos. Con ellos había otras personas completamente llenas de barro. Entre todos corrían, se inclinaban, estiraban las manos... estaban rescatando a quienes la avalancha seguía arrastrando. Yo me quedé quieta, sin poder moverme, mirando todo.

Me sorprendió ver cómo sacaban niños y niñas del lodo... tapados de barro, algunos llorando, otros callados, como si no entendieran lo que estaba pasando.

Con la luz débil de las linternas, alcancé a ver algo que me dejó sin respiración.

Había un adulto subido a un árbol, muy alto, aferrado con todas sus fuerzas, y en sus brazos tenía a una niña. Abajo, los rescatistas le gritaban:

—¡Tranquilo, le vamos a ayudar a bajar!

—¡No se mueva!

Pero él estaba muy nervioso. Se veía asustado. Y la niña... la niña lloraba sin parar.

—¡Mamá! —gritaba— ¡mamá!

Ese grito se me quedó en el corazón.

Todo era confuso... muy confuso. El ruido, las voces, el llanto... todo pasaba al mismo tiempo.

Después, algunos hombres de la Defensa Civil se acercaron hacia donde estábamos nosotros. Venían acompañados de adultos y de varios niños y niñas que acababan de rescatar.

Estaban temblando... llenos de barro... con los ojos como perdidos.

Nos miraron y nos dijeron:

—Ayúdennos... cuídenlos... hay personas heridas... las familias están separadas.

Yo no sabía qué hacer... pero sentía que había que ayudar.

Mientras todo eso pasaba, mi mamá empezó a moverse rápido. Buscaba entre nuestras cosas, sacando ropa sin parar.

Yo la veía sacar mis cosas muy rápido, como si no hubiera tiempo que perder.

Ella entregaba lo que encontraba, sobre todo a las niñas que no tenían nada puesto. Sus manos iban rápido, pero con cuidado, como si quisiera cubrirlas no solo con ropa... sino con un poquito de cariño.

Había personas sin ropa... temblando de frío y de miedo.

Mi mamá se acercaba y les daba lo que tenía.

Yo me quedé mirándola, un poquito confundida... pero también viendo cómo las arropaba despacito, como si en medio de todo eso... todavía hubiera espacio para cuidar a otros.

De pronto vi que sacó mi vestido favorito... el que más me gustaba.

Entonces le dije, un poco preocupada:

—Mami, pero ese es mi vestido favorito...

Mi mamá me miró. Tenía los ojos llenos de lágrimas, pero aun así me habló suavemente, como siempre:

—Tranquila, hija... luego conseguimos otro.

Yo me quedé callada. Miré el vestido en manos de otra niña y aunque sentí como un pequeño apretón en el corazón, también sentí que estaba bien... porque ahora ese vestido estaba ayudando a alguien más.

Entre la multitud, me llamó profundamente la atención un señor que lloraba desconsoladamente. Su llanto era distinto, desgarrador. Entre lágrimas, repetía que había logrado superar la primera parte de la avalancha llevando en sus brazos a su bebé de diez meses, pero que, al llegar una segunda ola de lodo, se lo había arrancado sin que él pudiera hacer nada.

Frente a él, sentada en el suelo, había otra señora que también había sido rescatada. Estaba con sus tres hijos: los más grandecitos sobre sus piernas y la más pequeñita entre sus brazos. Todos estaban cubiertos de barro. Observé con detenimiento y noté cómo, con sus propios cuerpos, la mujer y los niños protegían a la más pequeña.

La mujer, al escuchar la historia del hombre, levantó la mirada y, también entre lágrimas, comenzó a hablar:

—Yo estaba en mi casa... y empezó a sonar el hierro... sonaba terrible. En ese momento encendí una vela y me di cuenta de que una de las habitaciones se había partido por la mitad. La casa se estaba desbaratando...

Hizo una pausa breve, como si aún sintiera el movimiento bajo sus pies, y continuó:

—Y entonces nos fuimos rodando con la fuerza del lodo... íbamos por la avalancha abajo, como cuando uno va en un carro a toda velocidad... que no puede decir «aquí me quedo», sino... «ahí vamos».

Respiró hondo, apretando a su hija entre los brazos, y añadió:

—Y de pronto, en una revuelta, vi que bajaba un bebé... y logré alcanzarlo... no sé cómo, porque la noche era muy oscura. Alcancé a dejarlo en un lugar firme que encontré... porque no es que nosotros corriéramos... sino que eso nos llevaba.

Nos quedamos en silencio. Nadie decía nada. Yo sentía como si las palabras se hubieran escondido por el susto.

Todo estaba muy oscuro, y solo se veían poquitas luces de linternas. Yo miraba al suelo y veía personas acostadas, y escuchaba a la gente gritar que había personas muy heridas, que necesitaban ayuda, que llamaran a médicos y enfermeras. Las voces sonaban desesperadas, como si estuvieran muy asustadas.

Yo sentía algo en el pecho, como tristeza y miedo al mismo tiempo, porque no sabíamos cómo ayudar. Pensaba que ojalá hubiéramos sabido qué hacer para curarlos.

Entonces, en medio de todo ese desorden y de tanto ruido, yo buscaba a los niños y a las niñas que habían rescatado. Me acercaba despacito, me sentaba con ellos y trataba de jugar, de hacer como si todo estuviera un poquito mejor.

Era lo único que yo sabía hacer... estar con ellos para que no se sintieran tan solos...

Otra vez empezó a llover. De pronto, se escuchó un estruendo muy fuerte, algo que hizo que brincáramos del susto. La gente empezó a gritar:

—¡La bomba de gasolina se está incendiando!

Yo miraba a mi alrededor junto a mi papá. Él movía su linterna de un lado a otro, como si con la luz pudiera encontrar una respuesta, tratando de descubrir de dónde venía ese ruido tan horrible que no paraba.

Todo se veía extraño.

Era como si nada estuviera en su lugar... como si el mundo que yo conocía se hubiera desordenado de repente.

Hacia el fondo, lo que alcanzaba a ver se parecía al segundo piso del hospital... pero no era como antes. Estaba todo revuelto, lleno de paredes caídas, tejas rotas y pedazos de casas que la avalancha había arrastrado.

Parecía un montón de cosas sin forma, mezcladas... como si alguien hubiera juntado todo y lo hubiera sacudido muy fuerte.

Yo miraba sin entender.

Pero entonces vi algo que me dejó quieta.

Entre todo ese desastre... había pequeñas figuras.

Eran personas.

Se veían como punticos oscuros, muy pequeños, parados encima de los pocos techos que todavía seguían en pie. Se quedaban allí, sin moverse mucho, como tratando de no caerse, como buscando estar a salvo en medio de todo.

Yo no sabía si podían vernos. Pero sentí que estábamos igual. Igual de asustados. Igual de confundidos. Como si estuviéramos tratando de entender algo que era demasiado grande...



Parte IV

El amanecer fue lo más triste... el silencio sin luz, el ruido desbordante

Ya había aclarado un poco... eran entre las cinco y las seis de la mañana.

Pero no era una mañana normal. No era ese amanecer bonito de Armero, con el sonido de los pájaros que siempre se escuchaba. No. Ese día era distinto.

Era una mañana oscura.

Una oscuridad triste... una oscuridad que yo ahora puedo decir que era de miedo, de dolor, de tristeza. Casi no se veía la luz, como si el día no quisiera empezar.

Salimos con mi papá, mi mamá y mi primo a buscar el pueblo... o lo que quedaba de él. En ese instante, vimos algo en el cielo.

Una avioneta.

Pasaba volando por el lado donde estábamos, y yo levanté la mirada, tratando de seguirla con los ojos. Sentí como si, por primera vez en mucho rato, alguien pudiera vernos.

Mi primo llevaba un poncho. Con ese mismo poncho se había quitado un poco el lodo del cuerpo. Entonces lo levantó con fuerza, moviéndolo en el aire para que desde arriba pudieran notarnos.

—¡Aquí estamos! —parecía decir con ese gesto—. ¡Aquí hay gente viva... hay sobrevivientes!

Yo también quería que nos vieran. Sentía que si nos miraban... si sabían que estábamos allí... algo podía cambiar. La avioneta empezó a bajar un poco.

Descendió hacia la montaña, como si se estuviera acercando para confirmar que de verdad estábamos ahí. Todos mirábamos en silencio.

Por un momento pensamos que se iba a quedar. Pero no. Después volvió a subir... y se fue. Se perdió en el cielo. Y nosotros nos quedamos mirándola hasta que ya no la vimos más.



En ese momento mi papá dijo:

—Hay que pasarnos, tenemos que ir a la casa... ya no nos pasó nada... nos salvamos. Yo lo miré y no entendía cómo lo íbamos a hacer. Entonces le pregunté:

—Pero... ¿cómo nos vamos a pasar por ese barro?

El barro estaba por todas partes. Era espeso, profundo, parecía que se lo tragaba todo. Entonces mi papá habló con varias personas:

—Hagamos un camino con las tejas que quedaron.

Entre todos empezaron a recoger pedazos de tejas y a ponerlos uno sobre otro, formando un camino. Yo miraba cómo lo hacían... y luego empezamos a pasar por ahí, con cuidado, poniendo un pie delante del otro, tratando de no caer.

Así avanzamos... hasta que llegamos a mi casa.

Y entonces pasó algo que no esperaba. Mi casa seguía en pie. Estaba intacta... como si no le hubiera pasado nada. Entramos.

Todo se sentía extraño... como si ya no fuera el mismo lugar.

Mi mamá buscó la radio de pilas. Yo la recuerdo bien: era de color café y funcionaba con tres pilas grandes, como las que había en todas las casas.

La encendió. Y lo primero que escuchamos fue:

—Armero se acabó... pero ya viene otra vez... el volcán está a punto de estallar de nuevo. Yo me quedé quieta. Y en ese momento... lo entendí.

Había sido el volcán.

Inmediatamente mi papá expresó, vámonos a mirar qué paso, vamos a ver si Armero en realidad se acabó, porque nosotros aquí estamos...

Mi papá y mi mamá hablaron entre ellos, en voz baja, pero con mucha seriedad. Luego tomaron una decisión.

Mi papá decidió que se iba a ir.

Se iba con otros señores que llevaban uniforme de color naranja. Yo los había visto antes... eran los que ayudaban, los que corrían hacia donde nadie quería ir.

Él quería averiguar qué era lo que había pasado... pero también quería ayudar.

Porque donde nosotros estábamos, muchas personas no estaban tan heridas. Podían moverse, podían hablar... podían hacer algo por los demás.

Yo empecé a escuchar a los adultos hablar entre ellos, rápido, como si cada palabra fuera importante:

—No, es que hay que ir...

—Hay que ayudar a las personas que están más heridas...

—Allá es donde nos necesitan.

Sus voces se cruzaban, se apuraban, se llenaban de urgencia.

Entonces tomaron camillas.

Las levantaron entre varios, listos para salir, como si supieran que iban a encontrar algo difícil, pero aun así tenían que hacerlo.

Mi papá estaba con ellos.

Antes de irse, nos miró.

—Voy a ver qué pasó... y si puedo ayudar —dijo.

Yo lo miré sin decir nada, pero sentía algo en el pecho, como miedo de que se fuera. Mi mamá se quedó a cargo.

Nos quedamos, la familia... y otras personas que estaban cerca. Nadie sabía muy bien qué hacer, pero tratábamos de ayudar en lo que podíamos. Había personas que llegaban cansadas, con la ropa sucia, con la mirada perdida.

En la cuadra donde estaba nuestra casa, habían quedado otras casas en pie y muchas de ellas tenían agua de las albercas.

Nos dimos cuenta de que la casa de enfrente tenía unos congeladores de carne y entonces los dispusieron para hacer comida colectiva, antes de que la carne se dañara porque no había luz. La casa se llenó de gente.

Ya no era solo nuestra casa... era un lugar para protegerse, para descansar un momento, para sentirse un poco menos solo en medio de todo lo que estaba pasando.

Yo observaba todo en silencio.

A veces no entendía, pero podía ver que los adultos hacían lo posible por ayudar... como si eso fuera lo único que se podía hacer en ese momento.

Eran como las 10:00 de la mañana cuando salí con mi mamá hacia el hospital. Habíamos visto desde lejos que había personas sobre los techos, y quisimos acercarnos para ayudarles, para llevarles algo de comer y de beber.

Caminábamos por la calle principal que llevaba hacia el hospital. Yo iba al lado de mi mamá, tratando de no mirar tanto el suelo, tratando de no pensar.

Pero entonces... algo más pasó.

De pronto escuchamos un ruido en el cielo. Levanté la mirada. Eran helicópteros.

Empezaron a volar sobre nosotros, y desde arriba botaban cajas... muchas cajas que caían al suelo entre el barro.

—¡Miren! —gritó alguien— ¡están mandando cosas!

Sentí como si algo se moviera dentro de mí. Salí corriendo.

Corrí hasta donde había caído una de esas cajas. Me agaché, la abrí con las manos llenas de barro, tratando de ver qué había dentro... pensando que tal vez era comida.

Pero no. La caja estaba llena de cuadernos.

Yo me quedé mirándolos. Los toqué. Y sin pensarlo mucho... tomé uno y me lo quedé.

En ese momento no pregunté nada. Solo lo agarré, como si lo necesitara.

Después, uno se pregunta... ¿para qué llevan cuadernos a una emergencia como la desaparición de Armero?

Yo no lo entendía.

Pero la niña que era en ese momento... sí.

Se quedó con el cuaderno. Porque sentía que, de alguna forma... algo así debía servir. Como si en medio de todo lo que se había perdido... ese cuaderno pudiera guardar algo.

Tal vez un recuerdo. Tal vez una historia. Tal vez todo lo que todavía no podía decir.

Mientras tanto, a lo lejos venían personas empujando carretas improvisadas. Se acercaban despacio... y venían llenas. Llenas de cuerpos.

Eran personas que habían fallecido esa noche.

Yo me quedé mirando. No sabía qué hacer con lo que estaba viendo.

Yo sabía que las personas se mueren... eso uno lo sabe desde pequeño. Pero ver a tantas... tantas al mismo tiempo... era distinto. Venían sin ropa.

Y casi todos tenían la misma forma en el cuerpo... como si todos se hubieran quedado igual. Con las piernas recogidas hacia el pecho, los brazos apretados... como si se hubieran abrazado a sí mismos. Los iban trayendo desde otros lugares... y los dejaban cerca de la bomba.

Todo pasaba frente a mí... y yo solo miraba. Y en ese momento... no era exactamente miedo. No era miedo a la muerte. Era otra cosa. Porque eran muchos... demasiados.

Y yo no sabía ponerle nombre a lo que sentía. Solo sé que estaba ahí... mirando... y no tenía miedo. Al ver esa escena... nos quedamos paralizadas por un momento.

Luego, sin decir mucho, mi mamá y yo nos devolvimos rápido a la casa. Yo sentía el corazón agitado por todo lo que habíamos visto y escuchado. Las voces de las personas seguían en mi cabeza, repitiendo algo que no entendía del todo, pero que sonaba muy grave:

—Hay que poner a todos los muertos en el hueco... en el que quedó de la explosión de la bomba...

—Nos vamos a enfermar...

Esas palabras me hicieron sentir algo extraño en el pecho. No sabía bien qué era... pero no me gustaba.

Nos quedamos en la casa, en silencio.

Alrededor del mediodía, mi papá regresó. No venía solo.

Llegó acompañado de dos señores que se había encontrado en el camino de regreso, ellos llevaban poncho, botas de caucho y sombrero. Y en sus brazos traía a un niño pequeño, como de tres años. Tenía una herida en la espalda.

Mi mamá corrió enseguida hacia él.

—¡Déjenme ver! —dijo, mientras se acercaba.

Otras personas también fueron a ayudar. Lo sentaron, le dieron de comer, le ofrecieron algo de beber. El niño parecía cansado... como si el cuerpo ya no le respondiera.

Mientras comían, los señores empezaron a contar lo que había pasado.

—Lo encontramos enterrado hasta los hombros en un charco de lodo gris —dijo uno de ellos.

Yo escuchaba sin moverme.

—Estaba debajo del hocico de una vaca... que todavía estaba viva —siguió—. Por la respiración de la vaca... por el aire caliente que salía de ella... el niño pudo mantenerse con calor durante la noche.

Hizo una pausa y añadió:

—La vaca no quería que lo sacáramos... no lo dejaba.

Yo me imaginaba esa escena... el niño pequeño, la noche oscura, el lodo... y la vaca cuidándolo.

Luego dijeron:

—Cuando lo sacamos, no hablaba... estaba aturdido... perdido... no sabía dónde estaba.

—Estaba desnudo —agregó el otro—, y trataba de cubrirse el cuerpo con las manos.

—Lo envolvimos en una toalla.

Vimos que la ubre de la vaca estaba llena de leche, le echamos un poco de agua para tranquilizarla y la empezamos a ordeñar para darle algo de comer al niño, de repente, en pocos segundos se hizo una fila.

Había gente... muchas personas... y también muchas niñas y niños esperando. Querían un poco de leche, ordeñamos esa vaca tratando de que alcanzara para todas las personas, dimos la leche hasta que ya la vaquita no dio más.

Sentí un nudo en la garganta.

—Después subimos al niño al caballo —continuó—, para traerlo hasta aquí.

El niño, ya un poco más tranquilo, comenzó a hablar.

Pero lo que decía era difícil de entender.

Preguntaba una y otra vez:

—¿Dónde está mi mamá?

—¿Dónde está mi papá?

Sus palabras eran suaves, pero dolían.

También decía, como podía, que el agua lo había arrastrado... que las piedras, las ramas y las hojas lo golpeaban... que había tragado agua... que gritaba llamando a su mamá y a su papá.

Yo lo miraba en silencio.

Y en ese momento entendí que no solo nosotros habíamos vivido esa noche... había muchos niños... muchas historias... y mucho dolor que apenas empezaba a aparecer.

Recuerdo como nunca ese viernes 15 de noviembre. Ese día... empezamos a hacer caminos con tejas.

Las recogíamos de entre los escombros y las poníamos una tras otra, con cuidado, como si estuviéramos armando un camino en medio de algo que no se dejaba cruzar. Eran esas tejas las que nos permitían avanzar, porque todo estaba cubierto de lodo.

Íbamos caminando despacio.

A veces nos deteníamos para ayudar a las personas que encontrábamos en el camino. Algunas estaban débiles, otras atrapadas... y entre todos tratábamos de sacarlas, de levantarlas, de llevarlas a un lugar más seguro.

Así fuimos avanzando. Paso a paso. Hasta que llegamos a la terraza del hospital. Para llegar hasta allí, tuvimos que pasar por encima de los escombros de las casas.

Las tejas seguían siendo nuestro camino. Sin ellas, no podíamos avanzar. El suelo no era firme. Todo se sentía líquido. Y a cada paso... existía el miedo de hundirnos.

Porque el lodo no era solo lodo... era algo profundo, pesado, que parecía jalar hacia abajo. Y lo más difícil... era que no sabíamos qué había debajo.

No sabíamos dónde pisábamos realmente. Solo avanzábamos... con cuidado... y con miedo.

Decidimos ir hacia el hospital porque escuchamos que allí estaban los helicópteros que estaban rescatando a las personas. Cuando llegamos a la terraza, vimos que no paraban de sacar heridos. Los subían rápido, uno tras otro. Eran los prioritarios.

Poco a poco... la gente empezó a irse. Y cada vez quedábamos menos. Ese fue el momento más duro para mí en esos tres días.

Escuché a uno de los rescatistas decir:

—¡No nos quedan sino ustedes!

Miré a mi alrededor.

Ahí estábamos mi mamá, mi papá, mi primo, mi abuela, yo... y dos o tres personas de otra familia. En total éramos siete.

Yo no entendía bien... pero sentía que algo importante iba a pasar.

Los rescatistas hablaban entre ellos:

—Viene el último helicóptero... Panamá ya lo pidió.

Entonces dijeron que primero subirían a las niñas y a los niños. Y ahí... todo cambió dentro de mí. Sentí un miedo muy grande.

—¡No entiendo por qué me tengo que ir yo primero y no con mi mamá! —pensaba. La angustia me llenó el cuerpo. Me agarraron para subirme al helicóptero, pero yo no quería. No entendía por qué tenía que irme sin mi mamá. Pataleaba... lloraba... trataba de soltarme. La persona que iba conmigo tuvo que sujetarme fuerte porque yo me resistía.

—¡No me quiero ir! —decía— ¡No sin mi mamá!

Pero aun así... me subieron.

Subieron también a otra niña que era más grande y a una niña pequeña.

—Primero los niños —decían.

Nuestros papás se quedaron abajo.

—Volvemos por ustedes —les dijeron.

Pero yo no podía dejar de mirar a mi mamá... quedándose ahí.

Cuando el helicóptero empezó a levantarse, sentí que algo se rompía dentro de mí. Me movía con fuerza, desesperada.

—¡Agárrenla bien! —gritaban— ¡Que nos va a tumbar!

Yo no entendía lo que hacía... solo sentía miedo, rabia, angustia.

Rabia porque no podía quedarme con mi mamá. Rabia porque no entendía por qué me separaban de ella. Rabia porque no podía decidir.

Y entonces... el helicóptero se elevó más.

Salimos desde el hospital hacia la salida de Ibagué.

Y fue ahí cuando vi algo que nunca voy a olvidar.

Desde arriba... todo se veía diferente. Vi un lugar enorme... un playón inmenso. No se veía el pueblo. Solo había lodo. Un color café... café amarilloso... que lo cubría todo.

Aquí y allá, se veían algunas copitas de árboles, como si apenas asomaran entre el lodo. También vi algunas vaquitas... tratando de sacar la cabeza, como si quisieran salir de ese lugar.

Parecía una playa... pero no era una playa.

Era como si el río hubiera crecido... y se hubiera llevado todo.

Y entonces entendí algo.

No era solo el lugar donde yo estaba. No era solo una parte. Era todo. Todo Armero. Desaparecido. En ese momento... lo sentí claro, por primera vez:

Armero no existe. Armero se acabó. Y entonces... por primera vez... pensé en mi familia. En todos los que no estaban ahí. Y me pregunté... qué habría pasado con ellos.

Sentí que el tiempo fue eterno.

Entre el momento en que me dejó el helicóptero y el momento en que me volví a encontrar con mi familia... para mí pasó muchísimo tiempo.

El asunto era que los helicópteros iban para distintos lados. Unos llevaban personas para un lugar y otros para otro. Yo tuve suerte... porque a mi mamá la llevaron para el mismo lado donde me llevaron a mí.

La gente preguntaba:

—¿Por qué separaron a los niños y las niñas de sus familias?

—¿Por qué a unos los dejaron en Mariquita o Guayabal y a otros en Ibagué o Lérica?

Y decían que era porque no había otra forma de salir... que había que pasar Armero por vía aérea, porque no había cómo salir en buses.

Pero a nosotros no nos dijeron a dónde íbamos. Ni a los grandes tampoco.

Y ese momento... para mí... fue el más difícil de todo. Desde que me subieron al helicóptero hasta que llegó mi mamá... fue muy duro.

Yo no recuerdo bien qué pasó en ese tiempo. No recuerdo cómo aterrizó el helicóptero. No recuerdo en qué momento llegó mi mamá. No recuerdo si el helicóptero se fue o volvió. No lo tengo claro.

Es como si esa parte se hubiera borrado de mis recuerdos. Solo recuerdo lo que sentí. Ese miedo tan grande... cuando uno se siente solo. Porque no importa quién esté al lado... si no está la persona que uno siente que lo cuida.

Y yo me sentía así.

Siento que ese momento lo borré... porque fue muy fuerte. No recuerdo cuando la abracé. No recuerdo cuando llegó. Nada. Solo sé que para mí fue muchísimo tiempo... aunque mi mamá dice que no fueron más de treinta minutos.

El helicóptero nos dejó en una finca, en campo abierto, cerca de Lérica.

Y fue ahí... donde me encontré con mi mamá.

Después nos montaron en unas busetas, creo que eran de Rápido Tolima.

Y así llegamos a Ibagué, a un lugar que habían organizado como centro de apoyo y de rescate.

Para mí, los días más importantes de toda la tragedia fueron esos: desde el 13, desde que salí de mi casa, hasta ese viernes cuando llegué a Ibagué.

Allá nos llevaron a una escuela que habían acondicionado como refugio.

Y fue ahí donde llegó alguien de mi familia que vivía en Ibagué. Nos encontró.

Y desde ese momento todo empezó a cambiar. Porque en solo ocho días... yo ya no vivía en Armero. Yo ya vivía en Bogotá.

Cuarenta años después sigo pensando que «la tragedia no termina cuando cesa la avalancha, al contrario, empieza después, empieza cuando hay que vivir con la ausencia» (Martínez Castro, 2025)



Algunas reflexiones que emergen de Lucía y que quedan para la historia:

- Siempre me he preguntado por qué, en un momento como ese, cuando rescataban las personas, las niñas y los niños tuvimos que ser separados de nuestras familias. ¿Acaso los adultos no sentían nuestro miedo, nuestra angustia, nuestro dolor? ¿No veían que, en medio de todo, lo único que necesitábamos era permanecer junto a nuestras familias, abrazarnos, no soltarnos?

- Fui afortunada: sobreviví a la tragedia de Armero y aunque fui separada de mi madre en medio del rescate, afortunadamente terminé junto a mi familia. Y mientras yo pude quedarme con los míos, muchas otras niñas, niños y adolescentes no corrieron con la misma suerte. Muchas y muchos perdieron a sus padres y madres, otras y otros fueron separados de sus familias en medio del caos, llevados a albergues o simplemente quedaron a la deriva, enfrentando un mundo que de un momento a otro se volvió desconocido y hostil.

Eran cortas vidas atravesadas por una soledad inmensa, con un sentimiento profundo de desprotección y vulnerabilidad. No solo habían perdido su hogar o a sus seres queridos, también perdieron la certeza de estar cuidados, de pertenecer a un lugar seguro.

Al mirar atrás, surgen preguntas necesarias: ¿cómo respondió el Bienestar Familiar ante esa niñez y adolescencia? ¿Qué acciones se tomaron para evitar que se sintieran solas, solos y desprotegidos? ¿Cómo se garantizó o no el derecho a crecer en un entorno de cuidado, afecto y protección para esas niñas, niños y adolescentes que quedaron sin papá y mamá?

- Tenía apenas nueve años cuando ocurrió la tragedia de Armero. A esa edad, muchas niñas, niños y adolescentes vimos la muerte de cerca y cargamos pérdidas imposibles de comprender. El miedo se quedó con nosotros durante años: miedo a que todo se repitiera, acompañado de culpa, rabia y una preocupación constante que no sabíamos nombrar ni gestionar.

Sin embargo, pocas veces recibimos el apoyo necesario para sanar. La salud mental, que era urgente; quedó en silencio. Por eso hoy cabe preguntarse: ¿dónde estuvo el acompañamiento emocional que necesitábamos?, ¿qué se ha hecho —y qué falta aún— para garantizar que, ante tragedias de esta magnitud, la salud mental y la protección de las niñas, niños y adolescentes sea una prioridad y no un aspecto secundario?



**BIENESTAR
FAMILIAR**

